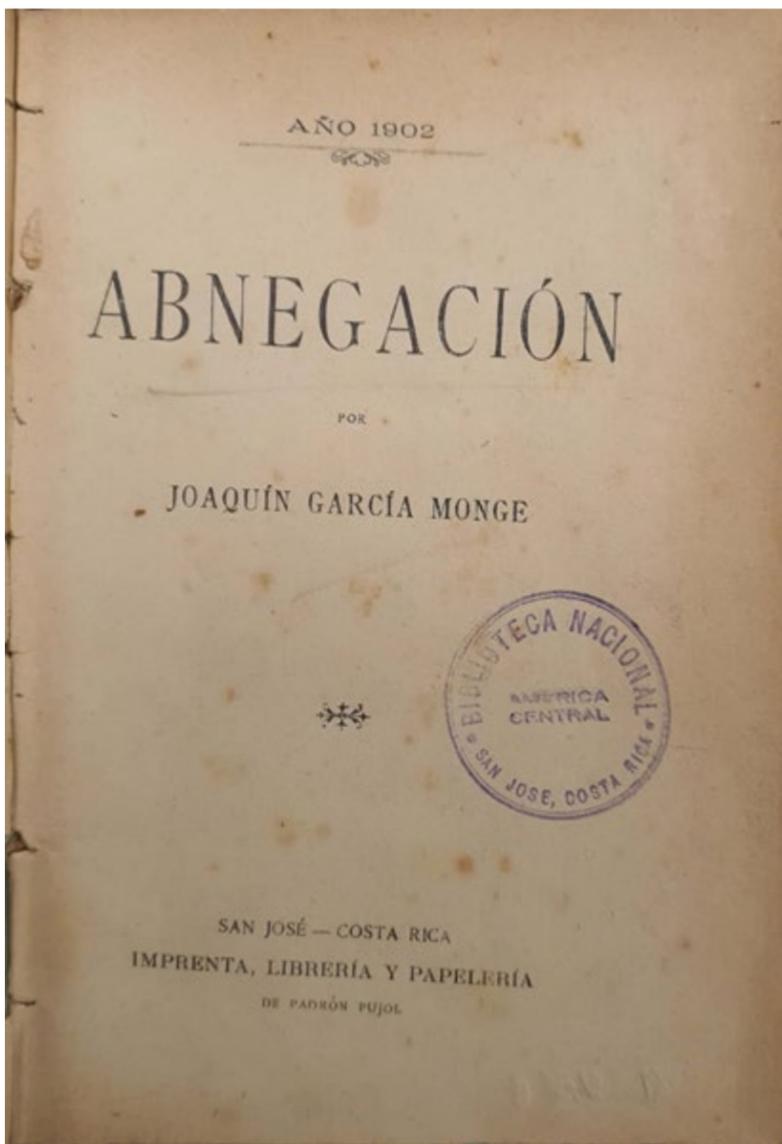


Joaquín García Monge



La tercera y, desgraciadamente, la última novela de García Monge, fue publicada en mil novecientos dos. Iba a llamarse *Lupita*. El novelista pensó que, dándole el nombre de *Abnegación*, señalaba con certeza, la idea generadora del simpático libro.

Tiene como escenario uno de los fértiles campos de nuestra Costa Rica bien amada. Es el relato triste de la caída de una mujer, hermosa zagala costarricense. Atraída hacia el abismo por las dulces palabras de un vulgar seductor, le entrega su cuerpo de curvas realmente admirables. La virgen criolla, transformada en mujer, abandona la aldea en la que florecieron sus ilusiones primeras. Huye de los que pueden salvarla. De aquellos mismos que, murmurando eternamente, se complacen en hundir sin misericordia a quienes, por su misma ingenuidad, cayeron.

Va a la capital. Allí encuentra a un mancebo de ojos claros como su conciencia, de cuya tez han desaparecido, huyendo del dolor moral, los primitivos colores sanos del campesino.

Lupita Blanco y Bautista Cedeño se amaron en sus primeros años. Para ella escribió el mozo sus más bellas estrofas. Las que cantaban las dulzuras inefables de sus miradas. Las amarguras de los desdenes que lo obligaron a despedirse, con el más intenso dolor, de cuando más quería. Su pueblo sencillo, los paisajes de matices inolvidables, las charlas con los amigos al claro de luna al pie de higueros centenarios.

Ahogando sus angustias, Lupita, al igual de la doncella que como dice la leyenda, no se cansa de llorar el bien perdido. Encuentra, cuando menos lo espera, a Bautista, a su ingenuo

enamorado. El muchacho de noble corazón tico, recoge a la dulce virgen profanada. Fugaz se desliza por su inquieto espíritu cuando a la falta de Lupita se refiere.

Al oír que ella recuerda que el mundo cruel, para las almas melancólicas, existen muchos lugares en donde asecha, sigilosa, la muerte le propone hacerla su esposa.

La redención de la caída por el amor no es asunto nuevo en la literatura mundial. Sin embargo, la delicadeza con la que García Monge desarrolla el tema, nos obliga a olvidar ese detalle. Saboreamos con delicia, los distintos episodios, tanto el central como los secundarios.

Encontramos en este como en todos sus libros, una plácida preocupación por hacer simpáticos a los hijos de nuestra tierra sencilla. El dolor de Lupita nos conmueve por su misma candorosidad. Nos llega al alma la forma natural que Bautista escoge para seguir siendo bueno. Para realizar, sin ostentación alguna, el propio sacrificio, aun cuando él en su sencillez aldeana no lo considere así.